Preciso es ya abandonar el templo, aun cuando mucho es lo que se queda en el tintero, y encaminarnos hacia los claustros para visitar el convento, la biblioteca, el palacio, y especialmente la parte que nos ofrece sin duda el más grande interés: los panteones reales; pero todos estos puntos serán materia de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO IX.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

HA podido ya el apreciable lector admirar el conjunto general del monasterio y extasiarse ante el aspecto imponente y grande que presenta el edificio con sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra, y juzgar asimismo del patio de los Reyes y de lo más culminante del santuario que encierra la gigante fábrica.

Con la misma brevedad visitaremos hoy, y hasta donde las dimensiones de estas líneas lo permitan, la parte más próxima á nuestra salida del templo para los claustros del convento, dejando para después el resto del Escorial.

Penetremos á la tumba donde descansan los reyes de España, al mausoleo que guarda las cenizas de los vástagos de las casas de Austria y de Borbón, á las cámaras mortuorias donde se abre el gran libro de la Historia para proclamar la majestad inmaculada de aquellos regios varones, ó señalarlos en el libro verde de las ignominias.

Delante de cada monumento podrá leerse toda una historia de gloria y de recuerdos victoriosos ó toda una época de miseria y delincuencia.

Allí, la Historia se encargará de cubrir con el glorioso pabellón de España los sepulcros de los reyes que merecen ser cobijados por los colores patrios, ó no concederá merecimiento igual á quienes en vida mancharon en el cieno de la perfidia sus coronas.

Empero, antes de llamar con mano atrevida y temeraria á las puertas de la mansión de la muerte, permítame el lector que recordemos con rapidez la historia de la fábrica del panteón regio, que se halla precisamente colocado bajo el altar mayor ó capilla de la iglesia, ya descrito en el artículo anterior; de suerte que, cuando el sacerdote se halla ofreciendo en medio del altar, pone precisamente los pies sobre la clave de la bóveda del panteón.

Se ha dicho ya que el Emperador Carlos V dejó encomendada la obra y erección de su sepulcro á Felipe II. Nada más digno halló este monarca para llenar del todo los deseos de su augusto padre, que edificar un monumento que colmara de asombro no sólo á los hombres de su época, sino también á las generaciones que se sucedieran por los siglos de los siglos. Tal parece ser indestructible fábrica, que pasará sin conmoverse veinte siglos, como pasan hasta el día las tumbas de la Vía Appia, ó los muros del panteón de Agrippa, ó la soberbia mole Adriana, orgullo de Roma y fiel reflejo de espléndida grandeza.

Felipe II puso, pues, manos á la obra, aun cuando parece que estuvo indeciso por el sitio que el panteón debía ocupar. Primero se hizo una especie de capilla, á la cual se bajaba por dos caracoles secretos, y aún antes de acabarse la obra, eran tales los deseos que tenía de que las cenizas del Emperador reposasen en el monumento que á la sazón el Rey labraba, que en 1574 mandó conducir los restos desde el monasterio de Yuste, juntos con los de la Emperatriz Doña Isabel, que se hallaban en Granada.

Cambió después de parecer, emprendiendo nueva fábrica para el panteón, por hallarse el primitivo obscuro y bastantemente mal acondicionado, y una vez concluída la segunda traza, los restos se condujeron á ella en 1586.

Mas no quedaron aquí en difinitiva las cenizas: Felipe II ansiaba depositarlas juntas con las de sus sucesores, en lugar más digno, amplio y hermoso, y por tercera vez ensayó emprender la construcción, que no vió concluir por no haberle alcanzado la vida. Entonces su hijo, el Rey Don Felipe III, una vez elegido ya el sitio, que lo es el actual, con verdadero entusiasmo llamó en su torno á los artífices más ameritados, encargando la obra á Juan Bautista Crescencio, hermano del Cardenal de ese apellido.

Tampoco el hilo de la vida se mantuvo firme para Felipe III; pero su hijo, el Rey Felipe IV, deseoso á su vez de dar completa cima á los trabajos comenzados por su padre y por su abuelo, propúsose á toda costa acabar las obras del panteón.

Grandes dificultades habíanse primeramente presentado; pero surgía una imprevista, verdadera calamidad que echaba por tierra todo lo ya pensado y resuelto: brotaba, sin saberse de dónde, un manantial cuya agua invadió el panteón y que comenzó á arruinarlo. En vano hubiéronse colocado en sus paredes los mármoles; en vano habíanse practicado los nichos que se disponían á recibir los regios despojos: ni nadie sabía el origen de aquella malhadada fuente, ni ninguno, asimismo, pudo detener el curso de sus aguas, que parecían inagotables.

En lance tan apurado, un religioso jerónimo de esta casa, cuyo nombre se recuerda allí con particular veneración, reconoce el terreno, estudia con interés el asunto, y tiene la fortuna de hallar los orígenes del manantial; lo agota, desvía su corriente, deseca el suelo, el mal desaparece: el panteón puede erigirse ya en ese sitio, y lo que al principio habíase creído imposible conseguir, queda resuelto con facilidad: Fray Nicolás Madrid, cuyo era el nombre de tan benemérito fraile,

había salvado todas las dificultades. La obra del panteón iba, pues, á ser un hecho y á concluirse del todo.

Felipe IV tuvo la suerte de darle cima, como en efecto se propuso, y en su tiempo, el año 1654, acabó de ataviarse la fúnebre morada.

Visitémosla ahora.

En el pasillo por donde hemos entrado á la Iglesia, viniendo del claustro grande á nuestra derecha, hay una puerta de ricas maderas: es la entrada á los panteones de reyes é infantes. Llamamos á ella; un guía ó guardián cuyos pasos escuchamos en el interior, y que acude á nuestro llamamiento, nos franquea el paso, mediante un indispensable permiso que hay de antemano precisión de conseguir en la Intendencia general de la Real Casa y Patrimonio.

Lo primero que se nos presenta es una escalera de granito suficientemente amplia, por donde debemos de bajar; recibe buena luz por una ventana colocada en un primer descanso. Al descender contamos doce gradas hasta la meseta. A nuestra derecha se ve el retrato del Padre Madrid, ya citado, y á la izquierda aparece otro tramo que en seguida bajaremos; ahora contamos trece gradas, también de granito, hasta un descanso de mármol donde nos detiene una portada, á la que cierra artística reja de bronce, y una inscripción con caracteres de oro. La portada defiende la escalera principal del panteón. El orden empleado por el arquitecto es el compuesto, todo de mármol y bronce dorado á fuego. Fórmase el conjunto de un par de columnas con sus bases respectivas, y entablamento ricamente decorado. Sobre este cuerpo descansa un ático rectangular terminado por un frontón curvo, cuyo arco, fraccionado en su centro, deja espacio para que hasta su tímpano penetre el escudo de armas de España, á cuyos lados se encuentran dos tenantes ó estatuas que descansan sobre el frontón.

En el centro de una tarjeta, que es una lámina de mármol negro italiano, y que se encuentra bajo la cornisa del frontis

ocupando todo este cuerpo, aparece la inscripción á que se ha hecho referencia. Aquí se hace más indispensable el auxilio de la cartera, nuestra compañera inseparable, para consignar lo que la leyenda encierra. Es la historia sucinta del sitio que pisamos, y la leyenda á la letra dice:

D. O. M.

LOCVS. SACER. MORTALITATIS. EXVVIIS
CATHOLICORVM. REGVM
A. RESTAVRATORE. VITÆ. CVIVS. ARÆ. MAX
AVSTRIACA. AD. HVC. PIETATE. SVBIACENT
OBTATAM. DIEM. EXPECIANTIVM
QVAM. POSTHVMAM. SEDEM. SIBI. ET. SVIS
CAROLVS. CÆSARVM. MAX. IN. VOTIS. HABVIT
PHILIPPVS. II. REGVM. PRVDENTISS. ELEGIT
PHILIPPVS. III. VERE. PIVS. INCOHABIT
PHILIPPVS. IIII
CLEMENTIA. CONSTANTIA. RELIGIONE. MAGNVS
AVXIT. ORNAVIT. ABSOLVIT
ANNO. DOM. M. DC. LIIII.

Abierta la reja de bronce, empieza la decoración á cambiar de aspecto: ni los mármoles que tapizan las paredes, ni la exquisita elegancia que reviste el conjunto que se nos presenta, son capaces de alegrar aquel espacio lúgubre, obscuro, silencioso, imponente. Nuestro guía se apercibe á encender una luz para alumbrar nuestros pasos; y mudos, sin atreverse los labios á entreabrirse, comenzamos nuevamente á descender por otra escalera de mármol encerrada dentro de magnífica bóveda de cañón, asimismo revestida de mármol. Seguimos contando escalones: hemos bajado trece, hasta encontrarnos otro descanso que, debido á la intersección de dos bóvedas de cañón, semeja una pequeñísima capilla con cuatro pilastras de mármoles y jaspes, simulándose á derecha é izquierda dos puertas de maderas finas. Prosiguiendo, aún hay que ba-

jar otras trece gradas, en cuyo descanso y en todo idéntica á la anterior, fórmase otra capilla: la puerta que queda á nuestra izquierda conduce al panteón de los Infantes, que visitaremos á continuación; y la de la derecha, si mal no recuerdo, conduce á un lugar que no se visita por hallarse tapiado, y que se llama el *pudridero*, en el cual están cierto tiempo los cadáveres, hasta que se trasladan al panteón: existe hoy allí, próximo á ser exhumado, el cadáver del Rey Don Alfonso XII.

De aquí, ¡aún nos queda que bajar! Siete escalones más, y tocamos la puerta del recinto fúnebre; con otra grada que bajemos pisamos ya el panteón. Total: hemos descendido cincuenta y nueve gradas, nos hallamos bajo la capilla mayor del templo, en medio de la muerte, en un lugar tétrico, majestuoso, lóbrego, donde se respira humedad, y en donde el aire parece saturado de cenizas, de *detritus* de mantos reales, de pavesas cuyas antorchas dieron luz á los despojos yertos de los que allí duermen el sueño de la muerte.

Una vaga claridad, la luz moribunda del sol Poniente pretendiendo introducirse por unas pequeñísimas ventanas ó remedo de ellas, es lo único que nos alumbra de luz natural; las tinieblas reinan casi en lo absoluto en aquel espacio, pero basta esa débil claridad para dejarnos ver cuanto nos rodea.

Nos hallamos en un espacio de forma octogonal: un mosaico en cuyo centro se ve dibujarse un florón cubre el pavimento. Sobre un estilobato de corta altura se alzan diez y seis pilastras compuestas, de jaspes de colores, estriadas, con bases y capiteles de bronce, formando de dos en dos los ángulos del polígono; rematando el orden con su entablamento, rico en adornos, y sobre el cual arrancan los gajos de la bóveda revestida de jaspe, bronce y mármol negro; resaltando en la clave un florón del cual pende una araña de bronce. Frente á la puerta hay un altar artístico, en todo sujeto al orden empleado en la cripta, con un bajo relieve en bronce, hecho en el frontal por dos religiosos del convento, y que figura el

entierro de Cristo; y sobre la mesa del altar y en el fondo se alza un crucifijo, también de bronce, en cruz de mármol negro. Otros adornos de menor importancia completan el decorado general.

En los intercolumnios, á derecha é izquierda del altar, se distribuyen los nichos que contienen las urnas de mármol gris, cuatro por cada lado del octágono, menos en el que ocupa el altar, quedando sólo dos urnas sobre la puerta, haciendo un total de veintiseis. Cada una de estas cajas, suficientemente grandes para contener el cuerpo de un hombre, asienta sobre cuatro garras de león, y en su frente hay una tarjeta de bronce en donde se inscribe el nombre de la persona cuyo cuerpo allí se encierra.

De las cenizas que hasta hoy la cripta guarda, tomemos rápida nota.

El primer nombre que se lee en la urna superior, inmediata al altar y á su derecha, es el de CAROLVS V IMP. REX. El cadáver se conserva perfectamente momificado, como puede verse por la fotografía que se sacó el año 1870 al abrirse el ataud, fotografía que venden á la salida del monasterio. Los restos se trasladaron al Escorial, como se ha dicho, en 1574, 4 de Febrero.

Inmediatamente abajo se ve la urna que ocupan las cenizas de Felipe II, muerto en este convento en 13 de Septiembre de 1598, y cuyas habitaciones aún nos quedan por ver.

En la urna que le sigue encuéntrase el cadáver de Felipe III, trasladado desde Madrid en 3 de Abril de 1621.

El último ataud de esta serie, ocúpalo Felipe IV, cuyo cadáver vino aquí desde la Corte, en 20 de Septiembre de 1665.

En la serie inmediata, ocupan respectivamente las otras cuatro urnas Carlos II, que se condujo también desde Madrid en 6 de Noviembre de 1700; Luis I, traído en 4 de Septiembre de 1724; Carlos III, trasladado en 17 de Diciembre de 1788, y Carlos IV, cuyos despojos se condujeron desde Nápoles en 18 de Septiembre de 1819.

Solamente ocupa un cadáver la siguiente serie: el de Fernando VII, el cual vino al Escorial desde Madrid, en 3 de Octubre de 1833.

Los otros sepulcros del lado que nos ocupa, están vacíos, pero ya reservados: el primero para la reina Doña Isabel II, que habita ahora en Paris, como se sabe; el segundo para las cenizas de Alfonso XII, actualmente en el *pudridero*, y el último para Don Alfonso XIII.

Del lado de la epístola se hallan las urnas, en la misma disposición que las que acabamos de ver, ocupadas, respectivamente, la primera de todas por el cuerpo de la Emperatriz Doña Isabel. Síguele el de la Reina Doña Ana, y en esta proporción los de las soberanas que han dejado sucesión, hasta la consorte de Fernando VII, á la que seguirá, en la urna destinada al efecto, la actual Reina Regente de España Doña María Cristina. Los ataudes colocados encima de la puerta están vacíos.

Unicamente se hallan depositados en esta cripta los cuerpos de los reyes coronados ó de las reinas que, como acaba de decirse, han tenido descendencia; pues las demás cenizas reales de soberanos, príncipes é infantes, se encuentran en el otro panteón por cuya puerta pasamos para éste.

¡Cuántas reflexiones pueden hacerse en el sitio en que nos encontramos! ¡Qué de recuerdos surgen á la vista de las urnas frías, de aquella enorme huesa donde manifiesta se halla la miseria humana! ¡Cenizas, polvo nada más, que en vano guardan admirables jaspes y valiosos bronces!

Pero todavía nos aguarda la Historia con su libro abierto, en otro sitio cercano, también morada de la muerte, aunque menos rica, pero más cargada de cenizas. Abandonemos tan fúnebre lugar; dejemos que el eco de ferviente *requiem* se dilate y pierda en los ámbitos de la regia cripta; no sigamos turbando el sueño eterno de los soberanos de España, y encaminemos nuestros pasos hacia el panteón de los Infantes.

Será el tema de las siguientes líneas.

CAPÍTULO X.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

CONSÉRVASE en los archivos del Real Monasterio una carta autógrafa del Rey Don Felipe IV, fecha en Madrid á 12 de Marzo de 1654, en la cual dispone el soberano que, una vez acabada del todo y aderezada con la magnificencia fastuosa correspondiente á su objeto, la obra del panteón, se trasladen los despojos de sus antepasados á aquella bóveda y en este orden: los del Emperador Carlos V, los de su esposa la Emperatriz Doña Isabel, los de Felipe II, los de la Reina Doña Ana, cuarta mujer de este monarca; los de Felipe III y de la Reina Doña Margarita, su única esposa, y finalmente, los de la Reina Doña Isabel de Borbón, primera consorte de Felipe IV. En esta misma carta manda también que desde tal fecha en adelante, "por haberlo oído decir así á su padre," cuando empezó la obra, que sólo han de ser inhumados en la real cripta "los reyes propietarios de esta Corona, y de las Reynas de quienes huviessen quedado sucessores: y con los que adelante fueren entrando desta calidad, se guardará la misma (sic) orden y distribución en los otros Nichos."

Por tanto, y á fin de que tuviese efecto la disposición de